

'Abdol Rahmān Ŷāmi

El último de los grandes cuentacuentos

Mojdeh Bayat y Ali Jamnia

*Soy como una pelota en el campo de los meses y los años.
En la suerte del juego de polo, ruedo de morada en morada.
En el año ochocientos diecisiete desde el viaje del Profeta,
quien dejó La Meca por Yathred y levantó su campo de majestad,
desde la cima de la majestuosa cumbre de la preeternidad
abrí mis alas y volé hacia este mezquino valle de futilidad.
He arrastrado hasta el año ochocientos noventa y tres
las ruinas del carro de la vida por este estrecho pasaje de fantasía.
Entre estas dos fechas, en el tiempo de mi vida,
¡oh, qué confusión he pasado por los caprichos de la vida!*

Ŷāmi

Abdol Rahmān Ŷāmi, el último gran poeta clásico iraní, se describía de esta manera en su concisa autobiografía, *Rashābātul hāl fi sharh-e hāl* (*Extracto de la memoria para la biografía*)¹.

Gracias a este trabajo y al de otros muchos escritores, tenemos un buen retrato de la vida y carácter de este maestro tanto del sufismo como de la literatura.

En el *Extracto*, Ŷāmi nos cuenta que se le envió a la escuela a una edad temprana. Después de conseguir experiencia suficiente en lectura y escritura, comenzó a estudiar el Qorán. Una vez que hubo aprendido y memorizado el libro completo, continuó con lingüística, lógica y filosofía. Después emprendió y completó matemáticas, astronomía y otras materias. Finalmente se doctoró en ley islámica, interpretación y en tradición profética (*hadith*). En palabras suyas:

Por la ciencia de la ley divina y sus pilares, conocí la razón que se esconde tras cada mandamiento.

Por el estudio de las tradiciones, me familiaricé con el camino del Profeta y los métodos de sus compañeros.

Sin embargo, las ciencias exotéricas no fueron suficientes, pues mi sed no se satisfizo con estas ciencias, así que decidí aplicar lo que había aprendido.

Me uní a las filas de los sufíes de corazón puro, cuya meta de estudio es llegar a ser.

Ŷāmi no indica cuándo decidió entrar en la Senda y pidió ser iniciado, pero parece que fue cuando todavía era bastante joven. Más aún, parece haber atravesado las etapas de progreso con notable celeridad: «El recuerdo continuo de Dios (*ẓekr*) y el pensamiento espiritual me elevaron al nivel en el que los velos de la Verdad fueron descorridos». Ŷāmi nos dice que, después de alcanzar un

cierto nivel de iluminación, se le dio la responsabilidad de componer poesía. No da más detalles de su vida. Afortunadamente, sin embargo, mucha gente prominente de su época escribió sobre él.

Ŷāmi nació en 817/1439 en el distrito de Ŷām, en la provincia del Jorasán. Su nacimiento ocurrió unos quinientos años después del de Hallāy, quien había vivido en una era muy turbulenta. En el siglo de Ŷāmi el sufismo estaba bien asentado, y eminentes maestros, como Shāh Nematollāh Walī, Mohammad Nurbakhsh y Bahā'uddīn Naqhsband, habían establecido las bases de algunas de las mayores órdenes sufíes en Irán e India. Para cuando nació Ŷāmi, ya habían tenido lugar las invasiones de los mongoles y los tártaros, y se había establecido una paz relativa tanto en Persia como en el norte de India. Este paréntesis entre períodos de guerra proporcionó una oportunidad para reconstruir Persia, en particular Herat, donde Ŷāmi pasó la mayor parte de su vida.

El rey Shāhruj, hijo del invasor tártaro Tamerlán, y su mujer fueron mecenas de las artes y las ciencias y especialmente del sufismo. De hecho, hay una leyenda según la cual siempre que Shāhruj iba a una ciudad, primero visitaba el *jānaqāh* local y a su *sheij*. Como resultado de los intereses de Shāhruj, Herat se convirtió en un centro de las artes y las ciencias. De esta manera, Ŷāmi nació en una sociedad floreciente en la que la literatura y las artes estaban en su momento de esplendor.

En una comunidad repleta de sabios, Ŷāmi llegó a lo más alto en un tiempo muy corto. Como matemático y científico fue venerado por la comunidad científica, y la comunidad literaria le alababa por sus contribuciones a la literatura y poesía. Debido a esta fama, se escribieron numerosas biografías sobre él. El material que sigue a continuación se ha tomado de una de ellas: *Tazkarih Maykehāna* (*Memoria de la Taberna*), escrita por Qazwini en 1650.

Se decía que el abuelo de Ŷāmi fue uno de los sabios de la ciudad de Ispahān que se trasladó al Jorasán y se asentó en el distrito de Ŷām, donde Ŷāmi nació y del que tomó su nombre. Su padre, también un hombre de estudios y el jurista islámico del distrito, se mudó a Herat cuando Ŷāmi contaba cinco años de edad. Ŷāmi comenzó sus estudios aprendiendo el alfabeto árabe bajo la dirección de Ŷoneid Ausuli y después asistió a la Escuela Nizamiya bajo la dirección de Samarqandī. Cuando tenía quince años, había terminado los cursos que se impartían. A causa de su talento poco corriente, llegó a un nivel que pocos habían conseguido.

Después se trasladó a la ciudad de Samarcanda y continuó sus estudios con Tabrizi, que también era el profesor de Agha Baik, el gran visir de su tiempo. Esta conexión hizo que la gente importante de Samarcanda le conociese y admirase su trabajo. Se dice que 'Abdol Rahmān Ŷāmi pasó nueve años en Samarcanda y después volvió a Herat.

Sus biógrafos indican que ocupó un cargo en la escuela que el rey Shāhruj había construido y comenzó a enseñar. Su fama fue tal que incluso el sucesor de Shāhruj iba a sus conferencias. Se dice que Ŷāmi dominaba cada

rama de las ciencias de su tiempo y que escribió comentarios sobre ellas. Su ámbito de conocimiento incluía también el sufismo; de hecho, muchos lo consideraron como un igual a Ibn 'Arabi, si no superior a él. Ŷāmi escribió varios comentarios críticos y explicaciones de pasajes del *Fusus al-bekam* (*Los engarces de la Sabiduría*) de Ibn 'Arabi.

Parece que vivió en Herat hasta la edad de sesenta o sesenta y cuatro años, después partió hacia La Meca en peregrinación. Una historia cuenta que varias personas, entristecidas por verle partir, le dijeron que cada buena acción que él había realizado equivalía a una peregrinación hecha a pie (habiendo el buscador caminado por el desierto). Él simplemente sonrió y contestó que sus pies estaban cansados de estos viajes y que, para cambiar, deseaba cabalgar hacia La Meca.

De La Meca se dirigió hacia Siria, después continuó a Egipto e Iraq y por último volvió a Herat. En todos estos países fue recibido con los mayores honores y respeto. Murió a la edad de ochenta y un años.

Qazwini no da información acerca del sufismo de Ŷāmi, excepto para decir que ¡fue notable! Uno de sus discípulos, Abdul Jafur Lāri, cuenta en un libro titulado *Taklama* (*Carta hablada*) que aparentemente Ŷāmi dejó Herat debido a que se había despertado en él un interés romántico por alguien y, para librarse del deseo, se fue a Samarcanda para sumergirse en sus estudios. Una noche en que se encontraba especialmente triste pensando en su amada, vio en una visión a su maestro sufí Kashjari diciéndole: «¡Mi querido hermano, ve y busca un amor que no puedas dejar escapar!».

*El Amado llamó desde la taberna: «ven»,
luego me dio el vino del amor, copa tras copa.
Me libré de las cadenas de la lógica y la razón,
después caí en lágrimas y sollozos por la unión.*

Tras esta visión, Ŷāmi quedó profundamente afectado y partió hacia Herat, sólo para estar junto a su maestro Kashjari.

*Vi un maestro bajo el cielo azul.
Estaba limpio del ego como ningún otro.
Era un espejo que reflejaba el sol de la Existencia,
reflejos brillando continuamente en forma humana.*

En un período de tiempo relativamente corto, atravesó los difíciles pasos de la senda y alcanzó un elevado nivel de perfección. En 1482, Kashjari murió y Ŷāmi se dirigió a Jwaja Ahrār para obtener guía y una instrucción más amplia. Parece que estos dos maestros fueron los que más le influyeron. Hubo más, pero fueron de mucha menor importancia en la vida de Ŷāmi.

Estos dos maestros eran de la Orden Naqshbandi. Ŷāmi menciona que cuando tenía cinco años de edad se encontró con Jwaja Mohammad Parsa, quien le dio un caramelo de azúcar. A la edad de sesenta, Ŷāmi podía todavía recordar la luminosa cara de Parsa y la amorosa mirada de sus ojos. Parsa fue uno de los maestros más

renombrados de la Orden Naghshbandi, y Ẓāmi atribuye su inclinación hacia la senda Naqshbandi a su experiencia infantil con Parsa.

Ẓāmi tuvo una vida muy larga. Su discípulo Lari describe sus últimos días: «El número de años que vivió fue ochenta y uno, equivalente a la palabra *ka's* (En la ciencia de las letras del sufismo, a cada letra le corresponde un número. Las palabras *ka's* en árabe y *jam* en Persa, ambas significan «copa», un término que puede referirse a la copa como portadora del vino divino del amor y el conocimiento. En otras palabras, Lari puede estar refiriéndose al elevado estado espiritual de su maestro). En su último año tuvo una visión sobre el momento de su partida, y con frecuencia recitaba lo siguiente:

*Es una pena pues muchos días sin nosotros pasarán,
las flores florecerán y la primavera llegará.
Muchos veranos, inviernos y primaveras pasarán,
y nosotros nos convertiremos en polvo y barro.*

Unos pocos días antes de su muerte, Ẓāmi viajó a varias aldeas próximas. Una vez, fue a una aldea que no le importaba particularmente pero, a pesar de todo, su estancia fue prolongada. Sus discípulos, preocupados, corrieron hacia allí. Él les dijo: «Deberíamos cortar las ataduras». Tres días antes de su partida, llamó a algunos discípulos íntimos y les dijo: «Sed testigos de que no tengo ataduras con nada ni con nadie». Un viernes por la mañana, al alba, sintió la fuerza de la vida saliendo de su cuerpo. Se puso de pie para orar y después se sentó para hacer sus letanías. Hacia media mañana se había ido.

Se cuenta una historia graciosa del día de la muerte de Ẓāmi. Los sufíes, tristes al verle cercano a dejar esta tierra, se habían reunido en su casa. Varios estaban llorando silenciosamente, mientras otros se hallaban ocupados con sus rezos. Pero uno de ellos estaba recitando el Qorán en voz alta y chillona, molestando a todo el mundo. Al final, Ẓāmi levantó la cabeza y dijo: «¡Por Dios, me moriré si no acabas con ese escándalo!».

Ẓāmi remarcó su naturaleza humorística en el siguiente verso:

*Es mejor ser como una luz luminosa.
Mientras vivas, sé feliz y ríe.
Llevar una sonrisa a un corazón dolorido
es mejor que regalar dulces.*

Como escritor versátil que fue, Ẓāmi dejó un legado de ochenta y un libros sobre temas variados. Entre ellos hay colecciones de poesía, una explicación de los trabajos de Ibn 'Arabi y la obra *Haft Aurang*, una colección de siete historias en forma de *masnavi* (estilo poético destinado a la enseñanza). De estas siete historias, la más popular es la de Yusuf y Zuleyka, que contaremos aquí en prosa. La historia de Yusuf —el nombre islámico de José— es familiar para los judíos y cristianos por el Libro del Génesis en la Biblia. La versión islámica—que se cuenta en la sura 12 del Qorán y se explica en el poema de Ẓāmi—

es algo diferente de la historia bíblica. El episodio sobre el intento de seducción de José por la mujer de su maestro, Zuleyka, aquí se convierte en una historia de amor conmovedora, en la cual la pasión de Zuleyka por el espiritualmente bello y virtuoso Yusuf es un ejemplo de rendición del alma humana ante el Amado divino.



Detalle de miniatura persa de Bilizad, Ẓāmi

Yusuf y Zuleyka

En el comienzo de la creación, cuando todos los futuros descendientes de Adán fueron colocados delante de él en una visión, se sintió atraído por uno en particular, un hombre de una belleza fuera de lo corriente. Su cara brillaba como el sol, su cabello caía en bucles sobre sus hombros y su cuerpo era perfecto de forma, como un esbelto ciprés.

«¿Quién es ese hombre de tan encantadora belleza que ensombrece al resto?», preguntó asombrado Adán al Señor.

«Es Yusuf», contestó Dios, «la luz de tus ojos. Es el espejo de tu corazón, una flor del jardín de Jacob y Abraham. Ámalo».

Nacido en Canaán, Yusuf y su hermano Benjamín eran los últimos hijos de Jacob y descendientes de Abraham. Era el más bello de los doce hijos de Jacob. De hecho, no se podía encontrar una belleza igual entre los humanos, pues Dios había revelado parte de Su propia belleza en Yusuf. Por este motivo, todo el mundo, joven y viejo, mujer y hombre, se enamoraba de Yusuf en cuanto lo veían. Jacob no era una excepción. Amaba a Yusuf más que al resto de sus hijos y no podía resistir estar alejado de él.

En una tierra lejos de Canaán, vivía un rey que tenía una hija de nombre Zuleyka. Era tan encantadora que muchos se convertían voluntariamente en sus esclavos sólo por estar cerca de ella y servirla. La princesa vivía feliz y tranquila, porque su corazón estaba intacto y sus pensamientos estaban libres de preocupaciones o de problemas.

Una noche, sin embargo, Zuleyka soñó con un hombre sentado sobre un trono en un jardín. Jamás antes había visto un hombre tan guapo: su cara brillaba como la luna en un cielo oscuro, sus ojos eran radiantes como las estrellas y su cuerpo lleno de gracia parecía una obra de arte. Una mirada al hombre había bastado para traspasar el corazón de Zuleyka, transmitiendo un agudo dolor a través de su cuerpo. A pesar de todo, era como si disfrutase con el dolor, pues no podía apartar su mirada del hombre.

Por la mañana, Zuleyka abrió sus ojos, sonriendo, hasta que se dio cuenta de que la belleza que había visto era sólo un sueño. Desde ese día, no encontró paz en su alma, no pensaba más que en su amado, sólo deseaba ver al hombre de su sueño. A nadie habló de él. En su desesperación, no podía comer y, de no haber tenido la esperanza de encontrar a su amor en sus sueños de nuevo, no habría sido capaz de dormir. Sus mejillas, que una vez fueron sonrosadas, se volvieron grises, y su porte antes real se curvó bajo el doloroso peso de la separación.

Finalmente, una noche particularmente horrible, después de haber llorado horas y horas y rogado que pudiera volver a ver a su amado, Zuleyka soñó una vez más con el hombre sentado en el jardín. Pero esta vez, ella se le acercó en el sueño y le habló acerca de su amor y su pena, rogándole que le permitiera saber quién era.

Detalle de miniatura persa, Zuleyka en su viaje a Egipto



«Soy el Gran Visir de Egipto», contestó el hombre, y repentinamente desapareció.

Zuleyka se despertó con una sensación de calma y de alegría en su corazón. Mandó llamar a sus sirvientas y les dijo que hicieran saber al rey que de nuevo estaba dispuesta a recibir pretendientes.

Cuando se supo que la princesa estaba recibiendo pretendientes, los reyes de otros reinos comenzaron a enviar caravanas al palacio con los regalos y joyas más exquisitos con el ánimo de conseguir la mano de la princesa. Pero Zuleyka los rechazaba a todos y seguía esperando al mensajero que creía llegaría de Egipto. Sin embargo, esta esperanza fue en vano, pues nunca llegó tal mensajero.

Finalmente, no pudiendo aguantar por más tiempo, Zuleyka hizo que su padre enviara un mensaje al Gran Visir de Egipto, ofreciéndole su consentimiento para el matrimonio entre Zuleyka y él. Cuando supo que el Visir había aceptado el ofrecimiento, la joven princesa, que ahora contaba quince años de edad, se llenó de felicidad. Partió para Egipto junto a un gran número de sirvientas y un cofre lleno de gemas preciosas y perlas.

Ante la llegada de Zuleyka, el visir hizo construir un pabellón a las afueras de la ciudad para su futura novia, para que descansara en él antes de su encuentro formal. Pero la princesa estaba tan impaciente por ver a su amado que pidió a su dama de compañía que buscara el modo de echar un vistazo al visir sin más dilación. Con cautela, la dama de compañía se deslizó hacia la tienda del visir y abrió una pequeña abertura; luego llamó a su señora. Después de mirar por la abertura, Zuleyka emitió un suspiro y se desmayó. «¡Pero éste no es el hombre que vi en mi sueño», exclamó al despertar, «el hombre por cuyo amor he perdido el juicio, el hombre que me ha robado la paz y la felicidad!».

Durante horas, Zuleyka lloró y pidió consuelo a Dios, deseando que su vida acabase allí y en ese momento. Finalmente, una voz le llegó del Cielo: «El Gran Visir de Egipto no es el deseo de tu corazón, pero alcanzar tu meta es imposible sin él. Sé paciente, pues pronto pondrás tu mirada sobre la belleza de tu amado gracias a la compañía del Visir».

La noticia alegró el corazón de Zuleyka. Se levantó secándose las lágrimas, y confió en su futuro por primera vez desde que tenía memoria.

Yusuf acababa de cumplir catorce años. Al poco tiempo de su aniversario, tuvo un sueño en el que once estrellas y la luna se postraban ante él humildemente. Cuando le habló a su padre acerca del sueño, Jacob le aconsejó que no se lo contara a nadie más, especialmente a sus hermanos, ya que aparentemente el sueño anunciaba el liderazgo de Yusuf sobre sus once hermanos y sobre sus padres. Desafortunadamente, Yusuf confió su sueño a un amigo íntimo, quien a su vez se lo contó a los hermanos de Yusuf. Locos de rabia por la arrogancia de Yusuf y cansados del tratamiento preferente del padre hacia él, se reunieron para planear la eliminación de su hermano.

A la mañana siguiente, los hijos pidieron al padre permiso para llevar a Yusuf con ellos a una excursión al campo. Jacob puso numerosas objeciones a la idea, pero los hermanos insistieron con tanta vehemencia que al final el padre accedió.

Una vez fuera de la vista de Jacob, los hermanos trataron a Yusuf con gran crueldad. Le golpearon, le arrancaron la ropa de su espalda y untaron su cara con su propia sangre. Luego decidieron arrojarle a un pozo cercano y dejarle allí, para que muriera o fuera tomado como esclavo por cualquier caravana que parase junto al pozo para coger agua.

Después de tres días, una caravana que venía de Medina en su viaje a Egipto llegó al pozo. Cuando uno de los viajeros bajó un cubo para coger agua, el ángel Gabriel le ordenó a Yusuf que se metiese en él. Yusuf, que había permanecido sentado muy triste sobre una roca, se levantó al oír la orden de Gabriel y se metió dentro del cubo.

Al ver acercarse la caravana, los hermanos se habían escondido detrás de un seto para ver lo que acontecía con Yusuf. Cuando vieron que un hombre lo sacaba del pozo, se acercaron y dijeron que Yusuf era un esclavo holgazán suyo y que querían venderlo. El hombre, un comerciante del sur a quien la belleza de Yusuf había impresionado, lo compró por unas pocas monedas de cobre. A continuación la caravana se preparó para partir hacia Egipto.

Seguros de que Yusuf nunca podría volver a Canaán, los hermanos tiñeron su camisa con la sangre de una cabra y se la presentaron a Jacob como prueba de que el muchacho había sido muerto por un lobo en un momento de descuido suyo. Mientras tanto, el comerciante que había sacado a Yusuf del pozo se aprestaba a subastarlo como esclavo en el bazar del Nilo.

Cuando la caravana llegó a Egipto, rápidamente corrió la voz de que en ella iba un esclavo increíblemente hermoso. De todas partes llegaron gentes al bazar para ver a este famoso dios de la belleza. Tras contemplarlo, todos ardían en deseo de comprarlo. Muchos reunieron los ahorros de su vida para apostar por él. Incluso una anciana miserable trajo su única posesión, un hilo que había hilado. «Esto es todo lo que tengo, pero al menos puedo tener un lugar entre la multitud de compradores», dijo. Se ofrecieron sumas enormes, pero no se consiguió el acuerdo para su venta. Durante días, Yusuf permaneció en un habitáculo de madera, vestido con sedas y pasmado con su radiante presencia a aquellos que lo contemplaban.

Zuleyka volvía de un día de descanso en el campo cuando oyó la conmoción en el bazar. Al preguntar a un joven qué era lo que lo causaba, le dijeron que era debido a un joven esclavo cananita que estaba siendo mostrado en público. Tan pronto como apartó las cortinillas de su carruaje para ver al esclavo, lanzó un grito y comenzó a temblar con júbilo y a hablar incoherentemente. Cuando la dama de compañía le preguntó qué pasaba, le contestó que ese hombre era con el que había soñado hacía

mucho tiempo y a quien había amado desde entonces. Por supuesto, Zuleyka se puso a pensar cómo comprar a Yusuf. Cuando se lo dijo a su marido el Gran Visir, quien no tenía hijos propios, le agradó la idea. Y así fue como Yusuf fue pronto comprado por el Gran Visir y por Zuleyka.

No es necesario decir que Zuleyka no era la única enamorada de Yusuf. Otra mujer joven, llamada Bazija —una belleza también e igualmente rica—, se había enamorado de Yusuf solamente con oír una descripción suya. Bazija dejó su ciudad para ir a la capital, esperando encontrar a Yusuf. En el momento en que lo vio, se desmayó. Cuando recuperó la consciencia, cayó a sus pies y adoró su belleza majestuosa.

Yusuf le advirtió de la siguiente manera: «Cuando ves belleza y perfección en este mundo, no es sino una muestra de Él. Una criatura bella es solamente un capullo del vasto jardín de Dios. Si tienes ojos para ver la perfección, debes tener también el discernimiento para saber que lo que ves es un espejo reflejando la imagen de Su rostro. También mi apariencia es una visión de la belleza de Dios. Y deberías saber que un cuadro se decolora, una flor muere y el reflejo en el espejo se eclipsa con la Luz verdadera. Él es quien es real y permanece así para siempre. En ese caso, ¿para qué perder tu tiempo con algo que está aquí hoy y se habrá ido mañana? Ve a la Fuente directamente y sin demora».

Bazija contestó: «Ahora que me has confiado el secreto, puedo ver la verdadera Luz. Has apartado el velo de mis ojos ciegos. Ahora que puedo ver al Amado, no puedo amar a nadie sino a Él, y no descansaré hasta estar en unión con Él. Si cada cabello de mi cabeza pudiera agradecerte por haberme despertado, sería solamente una pequeña porción de la gratitud que te debo».

Bazija dijo adiós a Yusuf y volvió a su ciudad. Abandonó toda su riqueza, incluso su casa y su ropa. Fue a vivir a una celda en la orilla del Nilo, vestida con un manto de fieltro y alimentándose solamente una vez al día. Dio la espalda a las posesiones terrenales y pasó el resto de su vida en retiro, dedicada a su divino Amado.

Zuleyka, por otro lado, estaba más que satisfecha con el curso de los acontecimientos que le habían traído a su amado. Irónicamente, desde el día que hubo comprado a Yusuf, fue ella quien se había convertido en su esclava, y no al revés. Colmaba a Yusuf de regalos, adornos de seda, joyas, dinero, y dedicaba todo su tiempo a estar con él o pensando en él. Por la noche, cuando él se iba a dormir, se mantenía despierta, cuidando de él toda la noche. Pero, para su desconsuelo, los ojos de Yusuf nunca miraban más allá de sus propios pies o de los dibujos de la alfombra.

En un esfuerzo por atrapar a Yusuf, Zuleyka comenzó a hablarle de sus más profundos sentimientos. Con las palabras más dulces, le habló de su sueño de la infancia, de cómo el recuerdo de él nunca la había abandonado desde aquella noche, de cómo sus labios no habían pronunciado nada excepto su nombre.

«Soy tu esclavo y el de tu esposo», replicó Yusuf. «El

Gran Visir me ha tratado como a un hijo, y eso es lo que seré siempre para él. De manera que no esperes otra cosa de mí que ser tu sirviente. Si en verdad sientes lo que dices, deberías saber que quien da su corazón a un amigo, no piensa más en sí mismo y se desvive en complacer el deseo de ese amigo. Su felicidad se basa en hacer lo que el amigo desea, y mi deseo y anhelo es ser tu siervo y el de tu esposo».

Cuanto más insistía Zuleyka, más se resistía Yusuf. Por lo tanto, decidió probar otra forma de acercamiento. Al día siguiente, envió a Yusuf a un jardín de su propiedad. En medio de los árboles, entre dos arroyos con macizos de flores en los que cantaban canarios y otros pájaros, ordenó montar una cama con sábanas y almohadas de satén para él. Luego eligió una docena de sus damas más bellas y las envió junto a Yusuf. «Quiero que sirváis a Yusuf con toda vuestra alma y corazón», les dijo. «Si os da veneno, lo tomaréis. Si os dice que os vayáis, le obedeceréis. Pero si alguna de vosotras atrae su atención y deseo, antes debéis de informarme».

Si Yusuf es atraído por alguna de ellas, pensó Zuleyka, se cambiaría por la muchacha en la oscuridad de la noche y engañaría a Yusuf para que le hiciera el amor. Aún así, sus esfuerzos fueron inútiles. A la mañana siguiente, Zuleyka fue al jardín y halló a sus damas sentadas en círculo alrededor de Yusuf, mirándole raptadas con devoción. Cuando se encontró más cerca, oyó a Yusuf hablando de Dios y ofreciendo guía espiritual a las muchachas, que se habían convertido al camino de la Unidad.

En otro intento, la dama de compañía de Zuleyka le sugirió construir una nueva ala en el palacio para Yusuf, con dibujos sensuales en todas las paredes de él y Zuleyka abrazados. En cuanto se viera obligado a mirar las pinturas, la tentación se apoderaría de su mente y con toda seguridad se rendiría a Zuleyka.

Tan pronto como el palacio estuvo terminado, Zuleyka se puso su mejor vestido y su mejor perfume y envió a buscar a Yusuf. En verdad estaba tan bella que cualquier hombre habría encontrado imposible resistirse. Cuando Yusuf llegó, Zuleyka lo recibió con una dulce mirada, lo condujo a una de las habitaciones y cerró la puerta tras ellos. Al principio, habló de su pasado y de cómo su sueño con él la había vuelto loca. Yusuf continuaba con sus ojos fijos en el suelo, hablando de su lealtad al Visir y su deseo de servir. Zuleyka lo llevó a una segunda habitación y de nuevo cerró la puerta tras de sí. Le habló de su devoción y de todo el dinero y joyas que sacrificaría por él si, a cambio, él solamente la miraba. De nuevo Yusuf la rechazó. Ella lo llevó a una tercera habitación, cerrando otra vez la puerta tras ellos. Pero Yusuf insistió en que nunca traicionaría a su amo o cometería un pecado.

Zuleyka llevó a Yusuf a través de seis habitaciones, cerrando siempre la puerta tras ellos y asegurándose de que él no tuviera forma de escapar. En la séptima habitación, cuando intentó forzarlo seductoramente a que la mirase, Yusuf giró los ojos hacia la pared. Allí se vio en un dibujo en brazos de Zuleyka. Afligido, giró la vista

hacia las otras paredes y también al techo, pero en todas partes encontraba escenas de amor de él con la esposa del Visir. Finalmente, la miró a la cara. Esto esperanzó al corazón de Zuleyka, pero Yusuf le dijo: «Hay dos obstáculos que me impiden acceder a tu deseo: el primero es que debo responder ante Dios y el segundo es dar la cara ante el Visir».

«No me hables de mi marido», contestó Zuleyka, «pues comparado con el amor que te tengo, él es nada. Puedo envenenarle o distraerle para que no se entere nunca de nuestro asunto. En cuanto a tu Dios, si Él es tan misericordioso como dices, dará limosnas y donaciones, y Él nos perdonará».

«Podrás muy bien esconder tu pecado del Visir», respondió Yusuf, «pero nunca lograrás esconderlo de Dios. En cuanto a Su perdón, ¿recibió algo por crearnos, de modo que aceptaría ahora un soborno por perdonarnos?».

Viendo que todo era inútil, Zuleyka sacó un puñal de su vestido y amenazó con matarse. Yusuf quitó el cuchillo de su mano y corrió hacia la puerta, temiendo que a menos que escapase podía ceder a la presión. Según iba corriendo, cada puerta se abría como por arte de magia. Zuleyka corría tras de él, agarrándolo por sus ropas, pero sólo pudo arrancarle la parte trasera de su camisa.

Fuera del palacio, Yusuf se presentó ante el Visir, quien, al notar el agitado estado del joven, le preguntó qué pasaba. Yusuf se inventó una historia, ocultando lo que realmente había sucedido.

Cuando Zuleyka vio a los dos hablando, pensó que Yusuf le estaba contando lo que había ocurrido. Corrió hacia el Visir, gritando y llorando, diciendo que Yusuf había intentado abusar de ella y pidiendo justicia.

Después que se investigó el asunto, el Visir se dio cuenta, al ver que la camisa de Yusuf estaba rota por detrás, que alguien había tratado de impedir que escapase. Así que debía ser inocente, pues de haber sido él el atacante, la camisa estaría rota por delante. Se imaginó lo que su esposa podía haber hecho pero, para evitar rumores, decidió ignorar la situación, esperando de este modo que el asunto cayera en el olvido.

La esperanza del Visir fue vana, pues por la capital corrió el rumor de que su esposa estaba chiflada por su esclavo. Cuando Zuleyka supo del rumor decidió cerrar las bocas de los murmuradores de una vez por todas. Poco tiempo después ofreció un banquete real al que invitó a todas las señoras de la ciudad. Después de la cena, se sirvieron a las damas unas naranjas y a cada una se le ofreció un afilado cuchillo para pelar la fruta. En ese momento, Zuleyka llamó a su siervo Yusuf.

Cuando Yusuf, más bello que la luna llena, apareció en el umbral, una mirada al muchacho fue suficiente para dejar a todas mudas de admiración. Tan impactadas estaban por su perfección que ya no pudieron distinguir entre la fruta y sus dedos, y el mantel se tiñó de rojo con su sangre.

Después de que Yusuf se hubiera ido y las señoras se dieran cuenta de lo que se habían hecho, inmediatamente

comprendieron la fuerza del amor de Zuleyka por el esclavo y sólo sintieron simpatía hacia ella. Acudieron ante Yusuf e intercedieron en nombre de Zuleyka, pero no tuvieron mayor éxito que ésta. Al volver junto a su anfitriona, le aconsejaron enviar a Yusuf a prisión para que entrara en razón y le correspondiera en su afecto.

Dispuesta ya a intentar cualquier cosa, Zuleyka mandó llamar a Yusuf y lo amenazó con encarcelarlo si no la obedecía. Él contestó que prefería languidecer en la cárcel durante cien años antes que ceder a sus demandas. Frustrada hasta perder la razón, Zuleyka se dirigió a su esposo y le convenció para que enviase al esclavo a prisión, argumentando que serviría para restaurar su arruinada reputación.

En cuanto Yusuf se fue, se arrepintió de su acción tan impulsiva, pues ahora no había nada más doloroso para su quebrantado corazón que contemplar el lugar de su amado vacío. Después de gemir durante horas por su error, finalmente decidió ir a la cárcel para visitar a su amado. En la prisión, pidió al guarda que le indicase un lugar cercano a la celda de Yusuf desde el que él no la viera y ella pudiera observarlo sin problemas. Allí escondida, encontró a Yusuf en un estado de comunicación con su amado Dios.

Estuvo toda la noche observándolo. Al amanecer volvió a casa, pero no se encontraba a gusto. Se cambió a una habitación desde la que se veía la cárcel. Estuvo todo el día sentada en un rincón mirando al edificio, muy lejos de los trajines del mundo e incluso de sí misma. Sólo estaba apegada a una cosa, Yusuf. Día y noche mostraba tristemente su corazón a su amor ausente, y en esta práctica hallaba alimento para su alma. Se convirtió en su único solaz durante el tiempo que Yusuf permaneció en prisión.

En la cárcel, Yusuf llegó a ser el favorito entre los otros presos. Encontraban alivio y paz en sus palabras y le contaban sus pensamientos y sueños más íntimos, para que él los interpretara y les diera consejo. Yusuf se dedicó por completo a sus compañeros, cuidando a los enfermos y aliviando las penas del encarcelamiento.

Un día, dos cortesanos del anterior monarca que estaban allí sirviendo le contaron a Yusuf sus sueños. Después de escucharlos, Yusuf le dijo a uno de los hombres que iba a ser colgado en la horca y al otro que volvería a gozar del favor del rey en la corte. Llegado el momento, sus sueños se cumplieron. Antes de que el hombre que volvía a tener el favor del rey dejara la prisión, Yusuf le pidió que mencionara su nombre al rey cuando volviera a la corte, pero para cuando el hombre obtuvo su libertad y volvió a su posición había olvidado por completo a Yusuf y su petición.

Pasaron los años. Una noche el rey tuvo un sueño que le preocupó hondamente. Primero vio siete vacas flacas atacando y devorando a siete vacas gordas. Luego vio siete espigas de trigo marchitas rodeando a siete espigas de trigo verde, destruyéndolas. A la mañana siguiente el rey preguntó a los sabios de su reino, pidiéndoles una explicación de su sueño, pero nadie pudo interpretárselo.



Detalle de miniatura persa,
Ceremonia de boda de Yusuf

Sin embargo, la pregunta del rey refrescó la memoria de uno de los cortesanos, el hombre al que se había liberado de prisión hacía unos años. Le habló al rey de la habilidad de Yusuf para interpretar sueños. Después de escucharle, el rey ordenó que trajesen a Yusuf a su presencia. Pero, para asombro del rey, Yusuf rechazó obedecer la orden hasta que no fuese puesto en libertad, reclamando que había sido encarcelado injustamente.

Entonces, el rey puso en marcha una investigación sobre el supuesto crimen de Yusuf. Cuando las damas de la ciudad fueron llamadas a la corte e interrogadas acerca de Yusuf, afirmaron que sólo habían observado nobleza y piedad en él. Luego llamaron a Zuleyka. Purificada ya de todas sus mentiras y engaños por las penurias del amor, confesó sus intrigas y admitió la inocencia de Yusuf.

De esta manera, después de años de confinamiento, Yusuf, que ahora contaba treinta años, fue por fin libera-

do. Presentado al rey en medio del jardín real, procedió a interpretar su sueño. Las siete vacas gordas y las siete espigas verdes, explicó, representaban siete años de buena cosecha y prosperidad, mientras que las siete vacas flacas y las siete espigas secas mostraban siete años de sequía y hambruna. El sueño significaba que durante los siguientes siete años Egipto tendría abundancia de cosecha, mientras que durante los siete años posteriores los campos permanecerían áridos y en barbecho.

Impresionado por la habilidad de Yusuf, el rey le nombró Gran Visir, un puesto que había quedado vacante tras la muerte del marido de Zuleyka. Le dio autoridad sobre la totalidad del territorio de Egipto y le dijo que hiciera lo que creyera conveniente para remediar la situación augurada en el sueño del rey. En respuesta a la petición, el nuevo Gran Visir ordenó que las tres cuartas partes de la cosecha recogida a lo largo de los próximos siete años se guardara en los graneros.



Durante los años siguientes, Yusuf estuvo ocupado dirigiendo el plan concebido y ocupándose de las necesidades del pueblo. Después de siete años, como él había predicho, la hambruna se extendió por todo Egipto y por los países vecinos. Por supuesto, Egipto fue el único país con alimentos. Llegaron mensajeros con regalos de todas partes en busca de grano y trigo. Sucedió que una de las delegaciones era de Canaán y estaba compuesta por los once hijos de Jacob.

Yusuf recibió amablemente en su palacio a sus hermanos, pero no les reveló su identidad. Los hermanos se postraron respetuosos ante él, sin sospechar que era el hermano a quien habían abandonado en el pozo hacía tanto tiempo. Yusuf recordó su sueño de infancia y sonrió. Ordenó que los sacos de sus hermanos fueran llenados de grano y que sus regalos les fueran devueltos. Sin embargo, escondió sigilosamente su copa real dentro del saco de Benjamín, su hermano menor.

Cuando los hermanos se preparaban para marchar, los guardias les informaron que la copa real había sido robada y que debían revisar sus sacos. Finalmente, la copa se halló en el saco de Benjamín. Yusuf, como Gran Visir, ordenó que el ladrón fuera apresado, como mandaba la ley. Los hermanos le rogaron que tomase a otro de ellos en el lugar de Benjamín, ya que el muchacho era muy querido por su padre, pero Yusuf lo rechazó. No tuvieron más alternativa que volver a Canaán sin él.

Jacob, que había perdido la vista por la pena de la pérdida de Yusuf, no pudo soportar la idea de ser separado también de Benjamín. Cayó en tal estado de duelo al oír las noticias de sus hijos, que decidieron volver a Egipto y rogar al Visir que perdonase a Benjamín.

Yusuf, quien entretanto había revelado su identidad a Benjamín, no pudo soportar ver a sus otros hermanos con tanta pena y les dijo la verdad, añadiendo que hacía mucho tiempo que les había perdonado. Les dijo que vol-

vieran a Canaán y que trajeran a su padre a Egipto, ya que no era necesario que su padre estuviera por más tiempo alejado de su hijo favorito. Y les dio su camisa para mostrar a Jacob que continuaba todavía con vida.

Cuando la caravana de los hermanos se aproximó a Canaán, Jacob paró de llorar, y cuando le dieron la camisa y se le llevó a sus labios gritó de alegría, porque guardaba el aroma de su querido hijo. «¡Está vivo! ¡Yusuf está vivo!», exclamó Jacob. Benjamín abrazó a su padre y apretó la camisa de Yusuf contra la cara de su padre. En el momento en que la camisa del querido Yusuf tocó los ojos de Jacob, recobró la vista. Con el corazón rebosante de alegría, Jacob se puso en camino hacia Egipto.

*El corazón que sufre por el Amado
muerto está para cualquier otra clase de alegría o pena.
Ninguna otra pena cuelega del manto del enamorado;
ninguna otra felicidad lo acompaña.
Dejad que el mundo se convierta en un mar
de aflicción para él,
con olas de tristeza tan altas como montañas:
no se mojará ni el dobladillo de su manto.
Y si la fortuna quisiera preparar para él un banquete
de eternas delicias, le volvería la espalda.
Nada puede distraerle de su pena por el Amado.*

Yāmi ²

Zuleyka había perdido todo como consecuencia de su amor por Yusuf. Después de la muerte de su esposo, había abandonado el palacio y se había dirigido a un edificio en ruinas, donde había vivido en pena, llorando incesantemente y repitiendo constantemente el nombre de Yusuf. Durante el primer año, había gastado sus últimas monedas de oro y plata en la esperanza de conseguir noticias de Yusuf; al final, no le había quedado nada que ofrecer a los viajeros para que le diesen noticias de su amado.

Con el paso de los años, la juventud de Zuleyka se eclipsó. Su pelo negro azabache se había vuelto blanco plata, su piel fresca y suave estaba llena de arrugas, su esbelto cuerpo estaba encorvado bajo el peso de su amor, y sus brillantes ojos negros estaban ciegos por las lágrimas que había derramado por su amado. Aunque sólo contaba cuarenta años, parecía una mujer de ochenta.

Con el tiempo, Zuleyka supo de la ruta de los viajes diarios de Yusuf y construyó una choza de caña al lado del camino que él utilizaba. Alrededor de la choza montó una valla de cañas, como un conjunto de flautas. Cuando cantaba sus dolorosos lamentos de amor, cada caña sonaba en armonía con ella. Vivía en la choza con tan solo una esperanza: que Yusuf se diera cuenta de su presencia. Cada día, cuando llegaba el momento de que pasara el Visir, Zuleyka corría fuera de la choza y se sentaba junto al camino, esperando a su amado. Pero en cuanto oía los gritos de los guardias de Yusuf anunciando su llegada, perdía el sentido. Después recobraba la conciencia y volvía a sus cañas, cantando sus tristes canciones.

Una noche, Zuleyka se arrodilló delante del ídolo al que había estado adorando durante años y rezó: «Oh tú, a quien he adorado con devoción toda mi vida, tú que ves mi humillación, si no puedo estar con Yusuf, ¿por qué no me devuelves la vista para que, al menos, le pueda ver una vez más?» De esta manera estuvo rezando hasta el amanecer.

Por la mañana, cuando oyó el sonido de los caballos, corrió fuera. Cuando Yusuf se acercaba, le gritó desde lo más profundo de su alma. Pero su voz quedó sepultada por los relinchos de los caballos y los gritos de la gente. Nadie le prestó la más mínima atención. Con el corazón destrozado, volvió a su casa. Cogiendo una piedra, hizo pedazos su ídolo y gritó: «No eres más que piedra. Soltaré las amarras de tu vergonzoso dominio y me libraré de ti para siempre. Con la ayuda de otra piedra, voy a machacar la joya de tu poder»³. Tras la brusca explosión que siguió, la inundó una luz nueva. Había sido purificada por sus lágrimas.

Rogó a Dios de todo corazón por el perdón: «Oh Amor, si no fuera por el reflejo de Tu imagen en un ídolo, nadie lo adoraría. Quien se postra ante un ídolo piensa que está venerando a la divinidad. Oh Dios, si veneré una piedra, era sólo yo quien estaba equivocada. Ten piedad y perdóname. Permite que mi corazón se cure de las heridas de la pena y déjame recoger una flor del jardín de Yusuf. Oh puro Ser, que haces de un rey un humilde esclavo y coronas un esclavo con la corona real...»⁴

En ese mismo momento, ocurrió que Yusuf pasaba por allí. Al escuchar la voz de una anciana lamentándose, se conmovió por su reverencia y ordenó que buscaran a la mujer y la llevaran a palacio. Cuando se la presentaron le preguntó quién era.

«¿No me conoces? Soy la que te eligió sobre este mundo desde el momento en que puse los ojos en ti y la que te ha amado desde entonces».

«¿Zuleyka?, ¿realmente eres tú? Oh Zuleyka, ¿qué ha sido de ti y de tu belleza?».

«Cuando te perdí a ti, las perdí a ellas también».

«¿Qué ha sido de tu cuerpo de ciprés?».

«Al ser apartada de tu lado, se convirtió en un peso demasiado difícil de llevar».

«¿Y por qué tus ojos están ciegos?».

«Al ser privados de tu visión, lloraron lágrimas de sangre hasta que ya no pudieron ver más».

«¿Y qué pasó con tu riqueza?».

«Di toda mi riqueza a quienes me traían noticias tuyas. Ahora nada queda salvo mi corazón. Y no deseo otra cosa que volver a verte una vez más».

Atónito, Yusuf se preguntaba por qué Dios no había acabado con la vida de esta pobre criatura y le había ahorrado tanto sufrimiento. Una respuesta de Dios llegó a su corazón:

«No Nos la hemos llevado porque tiene dentro de ella un completo mundo de amor para aquel a quien Nosotros amamos. Ya que su amor por ti no cesa, también la amamos a ella por ti. ¿Quién te dio permiso para desear la muerte de una rosa de Nuestro jardín y de desear la

destrucción del amigo de Nuestros amigos? Puesto que está llena de ternura hacia ti, ¿cómo puedes pensar que tomaríamos su vida? Sus llorosos ojos dan testimonio de su amor. A lo largo de toda su vida la hemos llevado a la desesperación, ahora la haremos de nuevo joven para ti. Te ha dado su preciada alma; si ahora la bendecimos, déjala ser para ti como tu alma».⁵

Y por decreto divino, la juventud y belleza de Zuleyka fueron restauradas. Sus negros ojos brillaron de nuevo con luz; su piel se volvió otra vez radiante como la de una chica de dieciocho años, y su hermosura era más encantadora que nunca. Y entonces llegó una orden de Dios: «Ahora unimos a Zuleyka contigo en el divino trono del matrimonio. Únete a ella con un lazo eterno». Un rayo proveniente del sol de la Verdad cayó sobre los ojos de Zuleyka con tal brillo que Yusuf quedó perdido en él como una mariposa en un rayo de sol. El enamorado y el amado fueron finalmente uno.

El matrimonio de Yusuf y Zuleyka fue fructífero, con muchos hijos y nietos y años de paz y felicidad para los dos. Una noche Yusuf vio a sus padres en un sueño. «Oh hijo», le dijeron «es hora de que vuelvas; es hora de que te unas a nosotros aquí».

Por la mañana Yusuf le contó a Zuleyka su sueño. La pena le sobrecogió el corazón, porque sabía lo que significaba. Esa noche, Yusuf oró: «Oh Señor, no me dejes atrás con los rezagados, otórgame un sitio entre los que están cerca de Ti».

Al día siguiente, su fue a montar a caballo. Cuando estaba a punto de colocar el pie en el estribo, el ángel Gabriel se le apareció y le dijo: «Tu copa de la vida está ahora vacía. Abandona el deseo de conducir el carro de la vida y vuelve a reunirte con tu Señor». Al oír esto, Yusuf inmediatamente ofreció su alma.

El sufrimiento fue insoportable para Zuleyka en el funeral de Yusuf. Arrojándose sobre la tumba, murmuró una oración final:

«Oh, ¿dónde estás ahora Yusuf para que tengas piedad de los afligidos? Estás oculto bajo las raíces de un rosal y yo estoy arriba como sus floridas rosas. Te has filtrado como el agua en la tierra y yo me he quedado encima como las espinas y el forraje. Te has ido tan lejos que nadie me puede traer noticias tuyas. Tu pérdida prende tal fuego en mí que su humo hace llorar a los ojos de todo el mundo. No puedo vivir sin tí».⁶

Apretando su cara mojada contra la tierra, Zuleyka besó el suelo susurrando una oración y también entregó su espíritu. Toda su vida, desde el comienzo hasta el final, la había sacrificado al amor.

Si sabes cómo sacrificar tu vida, oh lector, tienes alguna idea del secreto de los enamorados que Zuleyka conoció. Pero si no tienes noción alguna de sacrificar tu vida, toda charla sobre la senda y el objetivo no serán de ningún provecho.

«Afortunados los enamorados quienes, al morir, tienen su último suspiro con el aroma de la Unión».⁷

Notas

1.- *Divān Ḥāmi*. Editado por Hashem Razi. Teherán, Pirouz Publications, 1964; p. 59.

2.- *Ḥāmi: Yusuf and Zuleyka*, trad. D. Pendlebury. Londres, Octagon Press, 1980; p. 116.

3.- *Ibíd.*, p. 121.

4.- *Ibíd.*, p. 122.

5.- *Attār, Elābi nāmeḥ*, trad. Boyle, p. 297. *Ibíd.*, p. 135.

6.- *Ḥāmi: Yusuf and Zuleyka*, trad. D. Pendlebury. Londres, Octagon Press, 1980; p. 135.

7.- *Ibíd.*, p. 172.

Referencias

— Pendlebury, D., Trad. *Ḥāmi: Yusuf and Zuleyka*. Londres, Octagon Press, 1980.

— 'Attār Neyshāpuri, Farid-ol Din: *Elābi nāmeḥ (Libro de Dios)*. Trad. por J.A. Boyle. Manchester, Inglaterra, Manchester University Press, 1976.

— 'Attār Neyshāpuri, Farid-ol Din: *Tazkerat al-olīyā (Memorias de los Santos)*. Teherán, Markazi Publications, 1957.

— Ḥāmi, 'Abdol Rahmān: *Divan Ḥāmi*. Editado por Hashem Razi. Teherán, Pirouz Publications, 1964.

— Ḥāmi, 'Abdol Rahmān: *Yusuf wa Zuleyka en Haft Awrang*. Teherán, Amir Kabir Publications, 1969.

— Qazwini, Mulla 'Abdulnabi: *Tadbkarat maykbana (Memoria de la Taberna)*. Editado por Ahmad Gawlchin Ma'āni, Teherán, Eqbal Publications, 1988.

